

blasfemia, echó mano y mordió de su mismo día, y no del Criador ni creación del, sino de su mismo nacimiento, en cuanto del pecado en que en él nació fué causada tanta miseria, cuanta él experimentaba que cabia en un hombre flaco, dejando y guardando en su corazón el amor y reverencia que á tan universal Señor de su persona y bienes siempre se debe.

Todas las demás palabras fueron llenas de prudencia y humildad; de manera que, no solo el demonio no salió con su intento, como nota san Agustín, antes le dejó mas aprovechado, y á nosotros enseñados con su ejemplo; que eso es lo que saca de tentar á los buenos, daño para sí, provecho y acrecentamiento para el tentado, y lición y ejemplo para los demás. Dice allí san Agustín que, viendo que no aprovechaba, se acordó del ardid del paraíso terrenal, que habia derribado con la mujer á Adán; y así, tomó por instrumento á su atrevida mujer, cuando della fué provocado á que dijese mal de Dios y blasfemase; en lo cual no quiso ser discípulo, antes emendó el yerro de su primer padre, que, en diciéndole su mujer Eva que comiese, comió luego, habiendo mandado Dios que no comiese. Pero este santo varón, aunque la mujer le decia que blasfemase, no volvió las espaldas á Dios, antes se volvió contra ella, diciendo: Por cierto vos habeis hablado como una de las mujeres locas y sin juicio, que no miran ni consideran que si de buena gana y con alegría recibimos de la mano de Dios bienes mundanos y del cuerpo, es justo que recibamos de la misma los trabajos con paciencia; y pues estas nacieron de la mano de Dios, de la cual yo habia recibido esto que he perdido, y él es verdadero dueño de todo ello, hágase su voluntad, y sea por ello bendito para siempre. En que se parece de cuántos quilates es la paciencia, pues no solamente sufre, sino alaba á Dios por el trabajo, que es la prueba que san Gregorio pone de la verdadera y perfecta paciencia: Bendito sea el que tal sufrió, y el que le dió el sufrimiento y lo sufrido.

No quiero acabar con mis palabras discurso tan importante, sino con las del gran Tertuliano, en que de su boca ó pluma se resume todo lo dicho, con su elocuencia, autoridad y brevedad; el cual, habiendo tratado de la virtud de la paciencia, dice: Con estas fuerzas de paciencia fué Esafías aserrado, y no por eso calló las grandezas de Dios; con estas fué san Estévan apedreado, y pide perdón para sus enemigos. ¡Oh dichoso aquel también (entiende por Job) que toda la vista y hermosura de la paciencia opuso á toda la fuerza de Satanás, á quien ni los ganados aventados y consumidos, ni las riquezas empleadas en manadas dellos, ni los hijos lastimosamente de un golpe llevados, ni los dolores terribles de las llagas de su cuerpo, pudieron sacar de la paciencia que Dios le habia encargado, á quien el diablo con todas sus fuerzas maltrató! Porque no fué posible, con tantos dolores, hacerle perder respeto á Dios; antes estuvo fuerte para nuestro ejemplo y testimonio, así en el espíritu como en la carne, en ánima y en cuerpo, como hemos de tener paciencia en nuestros trabajos, en tal manera y con tal fortaleza, que ni por daño de haciendas, ni por pérdida de amigos carísimos, ni por calamidades ni enfermedades del cuerpo, desfallezcamos. ¿Qué tal ataud hizo Dios para el diablo en aquel hom-

bre? Qué tal trofeo levantó de su gloria, cuando á ninguno de aquellos mensajeros habió palabra, ni abrió su boca sino para dar gracias á Dios; al tiempo que á la mujer, cansada ya de tanto trabajo, maldijo, porque le persuadia ilícitos y malos remedios? Qué diré? Refase Dios. ¿Qué? Deshaciase el malo cuando Job estaba con gran contento, exprimiendo lá hedionda materia de sus llagas, y cuando volvía los gusanos que dellas manaban, como jugando con ellos, á los mismos hoyos de su carne, de donde habian nacido. En conclusion, aquel obrero de la victoria de Dios, rebatidos todos los dardos y saetas de las tentaciones con la loriga y celada de la paciencia, al fin recobró entera sapidad y entereza de su persona de mano de Dios, y doblados cuantos bienes habia perdido; y si quisiera recobrar los hijos, desde luego se pudiera llamar otra vez padre dellos; pero no quiso verse restituído en tanto gozo junto, y fiándose en el Señor, lo dilató y quedó con sufrimiento de tan voluntaria orfandad, por no pasar sin paciencia el resto de la vida. Hasta aquí son palabras de Tertuliano.

## DISCURSO III.

De la paciencia en los trabajos á imitacion y ejemplo de Tobías.

El que no hubiere con atencion leído la historia del santo viejo Tobías, por ventura le parecerá fuera de propósito haberle escogido entre los pocos ejemplos que se ponen en este libro para informacion de nuestra paciencia; porque los trabajos suyos todos se resumen en su cautividad, que fué general trabajo de todo el pueblo de Dios; y en la ceguedad que le vino estando en ella, que es un solo mal, y en la edad que él tenia mal no muy raro, y la pobreza, que suele ser tambien general, que san Agustín no le conoce mas trabajos, queriendo alabarle de su paciencia y virtud. De donde parece que de otros, aun de aquel tiempo, se pudiera mejor ó tan bien hacer este discurso, y mucho mas de millares de los santos del tiempo del Evangelio, donde ha habido tantos mártires con largos y prolijos tormentos, y otros santos ejercitados de la mano de Dios con mayores trabajos; pero solas unas palabras que en su historia dice el sagrado texto me hicieron reparar en la paciencia deste santo y ponerle junto al santo Job, porque en ellas parece igualarlos para este fin el Espíritu Santo; porque, después de habernos contado la calamidad que con la ceguedad le vino, dice el texto que esta tentacion permitió Dios que le viniese para que á los venideros se diese ejemplo de su paciencia, como la del santo Job, del cual tambien dice san Agustín, como declarando estas palabras, que, así como el santo Job fué ejemplo de paciencia antes de la ley escrita, como una ley viva en que se veía lo que la ley después habia de mandar; así Tobías lo fué para después de dada la ley, porque el Autor de la vida (que, por serlo, no quiere ver su hechura obligada á la muerte) quiso en todos tiempos que, demás de la ley, tuviésemos por escrito y por ejemplo maestros de la virtud, y especialmente de la paciencia, para que de lo que conviene hacer se tuviese mayor noticia.

Pues para entender la razon deste misterio, por qué echó mano el Espíritu Santo de los trabajos deste santo,

siendo al parecer no tan aventajados como otros, he gastado algunos ratos, y lo principal que hallo para salir de su dificultad es haberle venido este trabajo en tiempo que él se ocupaba y entendia en obras de misericordia, que era, no solo aconsejar y amonestar á los fieles vivos con consejos de salud, y dar sus bienes á los pobres; pero dar sepultura á los defuntos que el mal rey Senaquerib en odio de Dios y de su pueblo mandaba matar, que era una de las obras mas aceptas á Dios, y mas encargadas y agradecidas y encomendadas por el apóstol san Pablo, prometiendo en esta y en la otra vida por ellas cumplida remuneracion, mayormente esta en que á los defuntos se hacia tanto beneficio como entonces era la sepultura, que el carecer della era gran venganza; y por gran castigo lo sentenció Dios contra Hieroboan. Y habiendo enviado su Hijo unigénito á padecer muerte y oprobrios, no quiso que padeciese este mal de carecer de sepultura; antes lo dijo el Profeta: Y será su sepulcro glorioso; como después lo fué por mano de Josef de Arimatia. Pues venir la tribulacion de privacion de vista corporal y la pobreza en tiempo que el santo varón andaba con mucha caridad y devocion, y con no menos peligro, entendiendo en tan buenas obras, que otra vez habia sido mandado prender y matar por ellas; era, cierto, menester gran caudal de paciencia, viendo que Dios á tanta y tan buena y perseverante gana de servirle respondia con no menos que quitarle la cosa mas estimada que tiene el hombre entre las corporales, que es la vista; y para exagerar mas este negocio es de notar que, aunque dice la Escritura que procedió el mal del estiércol de una golondrina, estando él durmiendo y descansando de lo que aquel día en este santo ejercicio habia trabajado; pero créese que no fué la calamidad sino milagrosa, y así lo dice Nicolao de Lira en aquel lugar, y ayuda á creerlo que los médicos dicen que el estiércol de la golondrina y de otras aves que tienen la misma virtud, antes es provechoso para la vista, porque gasta las superfluidades del ojo y le limpia de las mas fáciles; y aun ayuda á esto una conjetura razonable, que, estando durmiendo cerrados los ojos, poco ó nada podía entrar dentro que dañase sin milagro, especialmente para dos ojos juntos, no podia caer tan á compás sin que otro lo encaminase. Pero sea ó no sea milagro, á lo menos (como atrás en su lugar queda dicho) ningún trabajo viene á los hombres que Dios no le envíe, ó causándolo ó ordenándolo ó permitiéndolo, como el texto dice, deste que esta tentacion permitió Dios que le viniese para que á los venideros fuese ejemplo de paciencia; todo se reduce á lo mismo, que la misma queja y sentimiento pudiera tener del trabajo así como así. Pues si dijeres que quizá, aunque estas obras de misericordia son aceptas á Dios, pero á estas faltaria algo por donde no le fuesen, el ángel nos quita esa duda cuando se descubre á padre y á hijo, diciendo cuán buena obra es la limosna, y que cuando enterraba los muertos, el mismo ángel presentaba las obras á Dios, que allí llama oraciones. No hay duda sino que la tentacion es gravísima para un hombre flaco, y que solo el amor de Dios, que tan poco parece agradecerlo, le mueve á hacer aquella obra. Semejante tentacion fué la que se cuenta en la vida del emperador Justiniano, que,

E.xvi-i.

daño una batalla los católicos por la honra de Dios, la perdieron (dice la historia) porque el día que se dió era vigilia de la santa Resurreccion, y ayunaban todos y les faltaron las fuerzas por no haber comido, para lo cual fué tambien necesaria harta paciencia.

San Pablo nos aconseja á los cristianos que no demos mal por mal; y es para ellos sentencia templada y no rigurosa, porque tienen ley de su Redentor de dar bien por mal, desagradándose que el cristiano viva con las leyes del gentil. Tres leyes hay de tres legisladores cerca deste punto. La una es del mundo, que da bien por bien y mal por mal, y su blason es amigo de amigos y enemigo de enemigos. Y desta dice Cristo que no tiene galardón delante de Dios, porque lo segundo tiene allá pena y lo otro no merece premio de Dios, cuando por respecto del mundo y del interesé se ama el amigo, ó con ánimo de no amarle sino mientras lo fuere. La segunda ley es del demonio, que es el dar mal por bien, como todos los suyos lo hacen; y esta guardó Júdas con su Señor y Maestro y todos los que en aquel tiempo le persiguieron, como él se queja por un salmo, diciendo: Pagáronme mal por bien, y odio en pago de mi amor. Y finalmente esta guardan todos los que á Dios ofenden, pues dan feos y torpes ofensas por innumerables e inestimables beneficios. La tercera ley es de Dios, que manda dar bien por mal, de manera que esta ley á todos hace bien; esta guarda el mismo primero y mejor que todos, que alumbró su sol á buenos y á malos, envía su agua y temporales sobre la viña y heredad de los justos y de los injustos. En lo cual es de ponderar que, no solo cuando le han enojado les perdona y les hace bien, pero estando actualmente ofendiéndole, como parece, cuando conserva la vida envía su luz, mantenimiento y resuello, y todo lo demás necesario á los que torpemente están pecando y sin vergüenza delante de los limpios ojos de su Majestad; y no solo bienes de la tierra les envía, sino el bien que para los mas amigos tiene, que es su gracia y el derecho de su gloria, como se la envió á san Pablo, yendo camino, con cartas y con cargas de cadenas y grillos á prender á los cristianos que vivian en Damasco. Lo cual es de tanta nobleza de condicion y grandeza de bondad, que sin particular prevencion no cabia en el pecho de David, aunque manso y perdonador y hecho al talle del corazón de Dios, pues que dice en un salmo: Señor, ocupáos un poco en visitar todas las gentes, y no tengais piedad ni misericordia de los que obran maldad. No quiere decir que no los perdone si se convirtieren á él con debida penitencia, sino, segun algunos, que los que actualmente están pecando y obrando maldad, que mientras en este propósito malo están y no salen del pecado, que no los perdona. Y todavía es Dios tan misericordioso, que los saca del mal camino, y á algunos con grande fuerza, y les hace bien, no solo temporal, sino espiritual.

Pues agora, siendo Dios desta condicion, y enseñándola y encargándola tanto á los suyos, ¿qué paciencia bastará á un hombre alligado para verla tan trocada, que el que suele dar bien por mal á sus enemigos, que actualmente le están ofendiendo delante de sus barbas, le vea hacer mal á sus siervos y amigos, que en cosas que él muestra gustar mucho le están actualmente sirvién-

do con gran deseo de su alma y peligro de su vida? Cosa es que aun el mismo Dios, con ser tan sufrido como él publica en su Escritura, y tener no menos que infinita paciencia, como él es todo infinito, se muestra quejoso y sentido cuando en aquel salmo dice, echando maldiciones á los perseguidores: Dábanme malas obras en retorno de otras buenas, y aborrecimiento por amor. Y la cuenta que Tobías podía hacer para formar su razon y queja, la dice David en otro salmo: Si mi enemigo me maldijera, sufriéralo yo de buena gana, que ya se me entiende que de tal árbol no puede salir sino esa fruta; y si el que me tiene aborrecido dijese de mí grandes males, no me espantaría, aunque procuraria de huirle el rostro por ventura y ponerle tierra en medio; pero mi amigo, que tenia conmigo una sola alma, mi guaidor, mi conocido, mi compañero de mesa y de un plato, comiendo de un mismo manjar, que andábamos en una casa y siempre de una voluntad y de un parecer. Como quien dice, ¿á quién no espantara que me dé una zancadilla? Y es queja que por boca de David tiene Cristo de su mal discípulo y de cualquier falso cristiano; pues la misma podía al parecer tener Tobías: Si Dios fuera mi enemigo y si tuviera condicion de tratar mal á los que lo son, no me espantara dél; pero condicion de hacer bien á todos, aunque sean enemigos, y siendo los dos amigos de un alma y un corazon con él, que ni quiero ni pienso sino su voluntad para hacerla con los ojos y con la vida, mi Dios, mi capitan, mi conocido de un pueblo y casa (como el mismo lo confiesa que tiene en Judea, su pueblo, casa y hogar), y todos de un parecer, que es el suyo, ¿cómo se compadece que á la mesma hora que le estoy sirviendo me haga mal, y que apenas haya cerrado los ojos para descansar del trabajo que por servirle he tomado, cuando me quite la vista dellos?

Ayudábale á esto lo que los parientes le reprehendian y burlaban dél, y la mujer, que, cuanto mas cercana, mas sentia sus palabras que le decia de hipócrita, y que en el pago se echaba de ver que sus limosnas no agradaban á Dios, pues así le respondia á ellas. Y aunque la mujer de Job fué mas mala, porque, perdiendo el juicio y la consideracion, vino á decir á su marido que trataba con un Dios que á mayores y mas servicios enviaba peores respuestas y mas trabajos, como entiende el bienaventurado santo Tomás de Aquino aquellas palabras locas que para hacerle blasfemar le dijo: ¿Aun te estás en tu simplicidad, esto es, sin entender la condicion de Dios, á cabo de tanto trabajo? Pues yo te la diré y es, que tú á sufrirlo y á servirle, y él á hacerte mal; y cuanto mas tú vas sirviéndole con lo que tienes, tanto te va él quitando mas; pues si quieres que se acabe todo, una cosa te queda que ofrecerle (pues ya no hay hijos, hacienda, casa ni salud), que es la lengua con que alabarle, y él no tiene ya mas que la vida que quitarte; pues acábase ya este negocio: alábale y morirás. Este mesmo error quiso el demonio poner en Tobías, mediante la mujer, y para eso iba la tentacion enderezada, y éralo para él muy grande, que peligraba la gloria de Dios que le habia de dar á él gran pena; porque entre gentiles y bárbaros, cuales eran los caldeos, y entre los hebreos, que de Dios esperaban bienes temporales en premio de sus obras y felicidad desta vida, viendo el pa-

go que Dios le daba por las suyas, peligraba, ó bien la opinion y abono dellas, como hizo en el juicio de la mujer y de los deudos, ó la de Dios, que no acudia al favor de quien los hacia, que es una cosa que á los verdaderos siervos de Dios da gran pena; la cual le ponian siempre delante cuando le rogaban los librase de algun aprieto: Señor, no vengan á decir los gentiles, ¿dónde está este su Dios? Y Moisés decia: Señor, no digan los enemigos que nos sacaste al desierto á matarnos ó desampararnos. Y el rey David acaba un salmo en que pide favor contra una persecucion desde una cueva do estaba escondido, y dice: Los justos y amigos tuyos están á la mira á ver cómo me libras. ¿Cuánto mas cuidado pondria al santo ver á Dios en juicio de gente bárbara y poco entendida!

De la gravedad del trabajo se entiende cuánta fué su paciencia, pues la tuvo tan grande, y tanta humildad, que antes le parecia que quedaba deudor, pues después de todo el trabajo y las ofensas que su mujer y deudos le decian, se volvió á Dios y le pidió perdon de sus pecados, confesando que mas y mayores trabajos merecia por ellos, con tener tan pocos; que, como dice el primero y segundo capítulo de su historia, desde niño comenzó á huir los pecados y malas compañías, y á entender en la observancia de la ley y en las obras de misericordia, repartiendo de sus bienes á los pobres, aconsejando consejos de salud y de consuelo á los de la cautividad, y en otras muchas obras, amando tanto á Dios y á sus prójimos, que, de solo saber que estaba uno muerto en la calle, como solia haber otros muchos, dice el texto que un convite que tenia aderezado para unos convidados se le volvió acibar hasta tenerle enterrado. Semejante á esta fué la paciencia de san Pablo, aunque de mas y mayores trabajos, cuando, andando predicando el Evangelio y gastando el tiempo y la vida en el altísimo oficio, y de gran perfeccion y merecimiento, que Dios le habia encomendado, nunca salia de prisiones, audiencias, naufragios, necesidades y persecuciones, como él mesmo lo cuenta muy largo en la carta á los corintios y en otras partes, especialmente que un dia y una noche estuvo debajo del agua, y otros muchos trabajos que se cuentan en el libro de los *Actos de los apóstoles* (especialmente del capítulo 24 hasta el fin), de prisiones, peligros de mar, peregrinaciones. Y todo lo sufría, siendo persecucion de casi todas las criaturas, con buen corazon, porque el alma que de veras sirve á Dios, sabiendo que se sirve de la paciencia en los trabajos, como está dispuesta á hacer la voluntad de Dios, y no la suya, y escoger en qué servirle lo que él quisiere, y no su propia voluntad y parecer; eso se le da gastar la vida en padecer, que en predicar, que en ayunar; tanto se huelga cuando Dios le da la calentura como cuando le manda rezar, tanto cuando le llevan la hacienda hurtada y tiranizada como cuando la da en limosna; porque sabe cuánta es la sabiduría de Dios en el repartir las tareas á los siervos que trabajan. Y así lo hacia el buen Tobías, que, si mucho se holgaba en enterrar el muerto, no menos en perder los ojos. Y así hace y ha de hacer el siervo de Dios, que tan contento anda en la adversidad como en la prosperidad; y al revés, tanto huelgue de servir al enfermo, cuando Dios lo manda

como de contemplar con suavidad los misterios de Dios; tanto de padecer como de gozar, tan mortificada ha de tener la voluntad y tan amiga de saber y poner por obra la voluntad de Dios, y tan enemiga de su propio gusto y parecer, aunque sea en bien, que desee por lo que á sí toca padecer en un infierno mil años, y si necesario fuere, toda la eternidad, por adelantar un paso en el servicio y voluntad de Dios, ¿cuánto mas padecer un trabajo? Y mucho mas cuanto mas adelante se sintiere en el servicio suyo; porque, demás que en esto delante de su acatamiento se merece mucho, el mesmo padecer es suficiente paga en esta vida de las buenas obras y de lo que se padece. Y así se lo dió á entender á Ananías, cuando de san Pablo dijo: Yo le mostraré cuántas cosas le conviene padecer por mi nombre, después de haber dicho que era su vaso escogido. Especialmente que de Tobías dice san Agustin que llevó de su paciencia y obras dos premios en esta vida y en la otra, porque, como á Job, se lo volvió Dios todo, y que llevó de los que obran por su ejemplo parte de galardón; cual todos llevarémos de los que por nuestro ejemplo obraron y padecieron. Hasta aquí san Agustin.

## DISCURSO IV.

De la paciencia en los trabajos á ejemplo del santo patriarca Josef.

Todos los trabajos que suceden en esta miserable vida, comparados con los que un verdadero siervo de Dios padece por no ofender á su Señor en una recia tentacion, son como trabajos pintados, porque en los que acá llamamos trabajos solo se arriesgan ó aventuran bienes temporales, que son caducos y de muy poco ser y valor, comparados con la amistad y gracia de Dios y la salud eterna del alma, que en una fuerte tentacion se aventura y corre peligro; esta diferencia se colige de los temores de lo uno y de lo otro, que el de los pecados se llama filial, que quiere decir temor de hijos, que tambien suele llamarse temor de esposa; porque ningun temor llega en una esposa que á su esposo ama tiernamente, al que tiene de ofenderle, especialmente en la fidelidad del matrimonio. Así, el siervo de Dios, cuya alma está con él desposada, ninguna cosa teme tanto como ofender á su Esposo y Señor con un pecado mortal. El otro temor se llama servil, porque es de siervos y procede, no del amor de Dios, sino del propio, que, aunque tema el mesmo pecado, no es sino por las penas y daños que de haberle cometido se le siguen; lo cual con razon se llama temor de siervos. El uno y el otro temor heredamos de nuestros padres; el servil, de Adán, que nos enseñó á temer y huir las penas, y no las culpas; pues, después de haber tan sin escrúpulo pecado, se andaba escondiendo de Dios. Y el segundo Adán, que fué Jesucristo, nos enseñó á temer las culpas y menospreciar las penas y trabajos; y así, puso en la oracion con que nos enseñó á rezar: No nos dejes, Señor, caer en la tentacion, mas líbranos del malo. De donde se colige que el trabajo que un siervo de Dios padece en resistir á una tentacion es incomparable con los otros trabajos, aunque no entiendan esto los que fácilmente se quieren dejar vencer de sus tentaciones, y no consideran profundamente la pelea fortísima que los buenos pasan en

las suyas; antes hay algunos que viven tan lejos de temer esta pelea, y de parecerles trabajosa y dificultosa, que antes ellos la procuran, desafiando y provocando las tentaciones por el deleite que hallan en quedar cautivos en la pelea; pero los buenos la temen mas que al mesmo infierno, y andan siempre contra ellas apercebidos, por el gran daño que de ser vencidos se les sigue, que es perder á Dios. Así que, los demás que llamamos trabajos que vienen, ó sin esta pérdida ó sin peligro de ella, sino de cosas que no son Dios, no se pueden llamar trabajos comparados con este. Pues porque conviene en semejante trabajo armarse de paciencia y fortaleza, y pelear contra las tentaciones valientemente, se pone en este lugar el ejemplo del patriarca Josef, que desde niño se vió en todo género de trabajos y aflicciones, pero señaladamente de los que ahora hablamos, para que en el discurso dellos se vea cómo se ha de haber el cristiano en semejantes trances, mayormente cuando peligrara la virtud de la castidad. De lo cual el bienaventurado san Juan Crisóstomo, como tiene de costumbre, habla elocuentísimamente en una carta que escribe á Olimpia, dueña visitada del Señor, segun parece, con muchos trabajos; y por no quitar á sus palabras y sentencias la suavidad y elocuencia, no haré mas de traducir lo que deste santo dice, y solo lo que á este punto toca, pasando de ligero por los que desde niño padeció.

Dice pues este santo doctor que ninguna cosa hizo á este santo mancebo ilustre y bienaventurado, sino las calumnias, cárcel y cadenas y la miseria que padeció, aunque se comparen con el vencer la torpe codicia de su ama; porque, aunque esto sea cosa inestimable, pero es lo menos, comparado con lo que padeció por su causa. ¿Qué mucho es, dice, no ser adúltero ni turbar la paz de los casados ni corromper la cama que no es suya? Qué mucho no ofender al que le habia hecho bien, y no deshonorar la casa de su amo, que le habia á él honrado? Lo que hay que engrandecer y alabar es el peligro, las asechanzas, la furia de una esclava de la lujuria, la violencia que se le hacia, las redes de la acusacion por todas partes, la calumnia, la cárcel, las prisiones y el nunca alcanzar cosa que pidió, aunque eran juntas todas, después de tantas peleas, por las cuales merecia mil coronas, y el ser preso como si fuera verdadero malhechor, y encerrado con los malos que habian cometido graves delitos. Así que, lo que le hizo grande y señalado fué el hedor, los hierros y la miserable vida de las prisiones; porque entonces le veo mas resplandecer que cuando en la silla y oficio de Egipto repartia el trigo á los del reino; y siendo puerto seguro para todo el mundo, mataba toda la hambre dél; mas resplandece con esposas y grillos que cuando con gran pompa y ricas vestiduras era adorado; porque el tiempo del padecer lo era de mucha ganancia y granjeria en el de los deleites, honras y libertad, aunque los habia muchos, pero poco interés se ganaba; como no le estimó en tanto cuando el padre le honraba como cuando los hermanos, de envidia, le persiguen, y se hacen domésticos enemigos, peores que su ama la de Egipto, que fué enemiga de su esclavo y extraño, y ellos de su propio hermano. Esta fué la primera persecucion deste santo, que llegó á tanto la envidia y mala voluntad de sus hermanos,

que, hallándose con él en una soledad solos, le vendieron por esclavo; y de libre, noble y regalado y querido de su padre, le pusieron en una durísima y amarga servidumbre, pues le vendieron, no á sus ciudadanos, sino á unos bárbaros de diferente y extraña lengua y costumbres, que pasaban á léjas tierras; y en fin, antes se podían decir bestias que hombres; privado de ciudad, hecho peregrino y desterrado; y el que tan descansada vida tenía, súbitamente fué entregado á la mayor miseria, esclavo de unos amos bárbaros y mal acondicionados, y que habían de vivir en tierra bárbara y apartada de todo consuelo. Y porque siempre le iban sucediendo las cosas peor, estos sus amos no le tuvieron mucho tiempo, vendiéndole á otros peores; que es un género intolerable de calamidad andar el esclavo de malos en peores dueños, que solo el ser nuevos les hace para el pobre del esclavo peores.

Finalmente, vino á parar en casa de aquella loca y desatinada mujer egipcia y enemiga de Dios; en aquella mala tierra y perversa, donde nacen las caras sin vergüenza; aquella tierra de los egipcios, de los cuales uno solo bastó á hacer huir á Moisés; donde el santo mancebo estuvo pocos dias en su casa, ayudándole Dios maravillosamente y amansando aquella fiera que le había comprado, y tornándola como una oveja. Allí se le aparejaba nueva pelea, nuevas luchas, nuevos sudores y trabajos, mas fuertes y recios que los pasados. Porque, viéndole con ojos malos aquella que le había comprado, y quedando presa de la hermosura de su rostro, y poseída de los vicios, con esta codicia, súbitamente de mujer se volvió en leona y enemigo de casa para con Josef, con peor tratamiento que los primeros; porque ellos le aborrecieron y le echaron de su compañía, y esta le amaba, encendida de la hermosura del mancebo; lo cual fué para él doblada y tresdoblada guerra. Porque, no por haber salido della brevemente y rompido los lazos se ha de pensar que costó poco trabajo, porque nó le costó sino muchos sudores. Lo primero, piensa cuán gran pelea es esta para un mozo en la flor de su juventud, cuando la naturaleza mas encendida, la tempestad de la concupiscencia mas furiosa, los consejos de la razon mas flacos; porque los ánimos de los mancebos andan poco apercebidos de prudencia y discrecion, y menos acomodados y aplicados al deseo de la virtud; antes mas recia la tempestad de las pasiones y la razon, que ha de gobernar los vicios, mas flaca. A esto se juntó la rabia de la mujer; que, así como los persas encendian apriesa el horno con mucha leña, con gran diligencia y deseo, así esta malvada añadía á su fuego nuevo cebo de olores, afeites, alcoholes, arracadas ricas, vestiduras blandas y otras invenciones, queriendo atraerle como por encantamento. Y así como el codicioso cazador de una fiera pone todos los medios posibles por la dificultad, así esta por la que sentía en este mancebo, que bien tenía ya entendida la fuerza de su castidad, usó de cuantas armas pudo para haberle á las manos; y no contenta con esto, buscaba tiempo y sazón para tender las redes; y por esto, no luego que se sintió herida se declaró, antes esperó mucho tiempo, como preñada deste pensamiento y deseo, y aperebiéndose porque por la ligereza y poca madurez de su consejo no se le escapase.

Vino el tiempo cuando se halló sola con él en casa, y entonces, como cosa hecha y segura, se declaró, tendidas las alas del deleite, y sola acometió al solo. ¿Qué digo sola, pues consigo tenía la poca edad y los lazos de sus atavíos que la ayudaban? Y así, presentó la batalla del acto torpe al esforzado mancebo. ¿Qué cosa puede ser mas temerosa que esta tentacion? ¿Qué horno de fuego hay que contra una paja tenga mas fuerza? Un mancebo hermoso, esclavo, desamparado, desconsolado, peregrino, desterrado, acometido de una mujer tan lasciva, tan loca, tan rica, en tanta soledad y secreto; forzado, ásido con blanduras y requiebros, llevado á la cama rica y blanda de su señor; y hallándose á la puerta de esta ocasion, después de tantos trabajos y persecuciones, que es el tiempo cuando con mas hambre se buscan los deleites y se abrazan y gozan los hallados, cuando sale uno de grandes aficiones. Yo hallo por mi cuenta que aquella cama en aquella ocasion, y la leonera de Daniel, el horno de Babilonia y el vientre de la ballena de Jonás, era una mesma cosa; antes esta es peor que todas tres. Porque allí solo había peligro de la vida corporal, aquí del alma, muerte no menos que inmortal y calamidad irremediable. Y junto con esto, lleno este peligro de otros muchos, y de fuegos que abrasan y consumen el alma, y no el cuerpo. Lo cual dijo Salomon: ¿Quién esconderá el fuego en su seno sin quemarse los vestidos, ó quién andará sobre las brasas que no se abraze los pies? Así es el que entra á la mujer casada y el que á ella toca. Pero este santo mozo mas hizo aquí, que, no solamente no entró á ella, pero asido fuertemente della, no se abrasó. Cosa maravillosa que, viéndose enlazado en tantas redes, ásido y detenido de una fiera tan cortesana, acometido por cien lados, por el tacto, por las palabras blandas, los ojos lascivos, las colores vivas, el oro y riquezas de su atavío, el aderezo de su rostro, los olores y perfumes, vestidos blandos, el amor que le mostraba, los tocados, el secreto, la soledad, las riquezas, el poder; y de su parte la edad, servidumbre, peregrinacion; con todo eso, salió maravillosa y esforzadamente con la vitoria. Esta llamo yo tentacion y trabajo mayor que el que la envidia de sus hermanos le causó y el aborrecimiento de los suyos, y que los amos bárbaros, y que el destierro tan apartado, y que tan largo y trabajoso camino, y que la diversa lengua y contratacion, y que las cárceles y cadenas, y cuanto mal tuvo en tan largo tiempo, porque aun destos últimos males se le tramaba allí la ocasion y peligro; pero Dios le envió gracia y fuerzas con que, no solo venció la batalla huyendo, pero fué tanta la abundancia de su modestia y castidad, que aun deseó y pretendió dejarla allí libre y sana de su locura. Todas son á la letra palabras de san Juan Crisóstomo, en que nos dice el esfuerzo deste mancebo en todo género de trabajos, y la paciencia y fortaleza en tan grave tentacion.

## §. II.

En qué se pone el suceso de los vencimientos de Josef, y cuál fué su corona.

Agora pues el santo mozo salió libre sin mancilla, como después lo salieron del horno de Persia los tres mancebos (de quien dice la historia que ni aun un olor-

cito de fuego no quedó en ellos) y quedó por valiente soldado de la castidad, imitando la fuerza del diamante. Veamos qué fué el galardón y la corona deste vencimiento. Lo que fué, era nuevas asechanzas, confusion, muerte y peligro, calumnias y aborrecimientos. Porque aquella miserable, desatinada, con una furiosa locura, no tuvo otra cosa con que consolar su ánimo sino con terrible enojo, y tras una pasión sucedió otra peor, llamándola concupiscencia á la ira, y haciéndose homicida, después que tentó y no pudo ser adúltera; y para este oficio, echando chispas, escoge un juez interesado y apasionado, que fué su marido; y pone su demanda sin testigos y sin dar audiencia á la parte; antes la acusacion se hace en ausencia del reo, ante el juez furioso y mal informado, bastándole á su enojo la autoridad de quien acusaba y el estado miserable de la servidumbre del acusado. Y tanto le supo decir y tanta fué su confianza, que le hizo, como vencedora, pronunciar sentencia que condenase al inocente, y cruelmente ejecutarla; viéradres prisiones, cárceles, cadenas, y fué condenado por adúltero el que no conoce quién es el acusador, como hombre violador de la casa y cama de su señor y corrompedor de las bodas ajenas, como si en fragante fuera hallado, confesado y convencido del delito. Porque el juez y la acusadora hacían creer lo que realmente era fábula y mentira, junto con la venganza que dél comenzaba á tomarse. Pero él no mostró turbacion ni murmuró, quejándose de su fortuna; no dijo: ¡Ah, Señor! ¿Estos son los sueños tan felices? Este es el paradero de las visiones? Este es el pago de la castidad? ¿Averiguar mi causa sin juicio, sin sentenciarla, sin justicia, y al cabo quedar infamado de malhechor? Como fornicario fué echado poco há de casa de mi padre, agora como adúltero y como corrompedor de la castidad de mi ama voy á la cárcel, en conformidad de todos cuantos lo ven y lo saben; y aquellos mis hermanos, que eran los que me habían de adorar (que esto decían los sueños), viven con libertad, abundancia y deleites en su tierra y descansan en casa de su padre. Yo, que había de ser entre ellos el aventajado, soy preso entre los ladrones y salteadores en una triste y miserable prision. Ni la fortuna se contentó con sacarme de mi casa y tierra, sino que en la ajena, do quiera, me aguardan unos despeñaderos tras otros, unas muertes tras otras; y aquella que me tiene aquí, que debía de padecer por sus culpas lo que yo padezco sin ella, descansa y huelga como quien ha alcanzado vitoria de sus enemigos y contrarios, coronada por ella; y yo, sin saber por qué pecados, pago la última pena dellos.

Ninguna cosa destas dijo, antes andaba en medio de las penas y trabajos como si fueran coronas, ni quiso mas admitir dolor ni queja, ni memoria de lo que sus hermanos ni aquella mala mujer le habían injuriado y ofendido. Lo cual se sabe certísimamente de las palabras que él dijo á uno de los presos que con él estaban, porque tan léjos estaba de andar triste por sus males, que no entendía sino en consolar los presos. Porque, viendo allí en su cárcel á muchos turbados, confusos y desmayados, se llegó á ellos, y entendiendo que su turbacion nacía de visiones de sueños que habían visto, se los declaró. Y rogando al uno, á quien dijo que había

de ser restituido á la gracia del Rey, que le alcanzase dél su libertad (que, aunque era hombre esforzado, era al fin hombre, y deseaba que se le acabase el tormento de las cadenas), y siendo necesario decirle por qué estaba en ellas para que el Rey fuese informado de su causa, no quiso nombrar los que le habían hecho el mal, sino solo decir su inocencia, sabiendo cuán malos habían sido sus acusadores y malhechores. Solo dijo: Porque yo fuí sacado por hurto y engaño de tierra de los hebreos, y sin culpa fuí metido en este lugar de tormentos. Y ¿por qué no lo decís todo, Josef? Por qué callais aquella mujer deshonesto y adúltera? Por qué callais los hermanos vuestros matadores? Y ¿la envidia, la muerte, el destierro, la furia de vuestra ama, los lazos, las máquinas, las calumnias, el mal proceso de vuestra prision, el juez interesado, la injusta sentencia, la venganza y castigo sin causa? ¿Por qué callais y encubris cosas como estas? No sé guardar los enojos, ni acordarme de ofensas, que son para mí coronas, joyas y ocasion de gloria.

¿Vistes el alma llena de altísima filosofía, corazón sin rancor ni enojo, y mas alto y mas señor que los peligros grandes? Y así, por no nombrar las personas de aquella mujer abominable ni los hermanos, se contenta con decir que le hurtaron sin culpa, callando personas y la cisterna y los ismaelitas y todos los demás. Pero aun aquí le halló una no pequeña tentacion, y fué, que el que dél había sido consolado y alumbrado, después de restituido en su honra, lugar y oficio, se olvidó de su bienhechor y le faltó la fe que le había dado; y estando él en el palacio real en gran prosperidad, se quedó como antes el que resplandecía mas que el sol, en las prisiones, sin tener quien por él ni por su causa y libertad pareciese ante el Rey. Y esto ordenaba Dios, porque le andaba ordenando muchas coronas, y así le multiplicaba las peleas y le hacía venir por rodeos y dilaciones la libertad. Convenía que se le aparejasen las peleas, permitiéndolo Dios, pero no desamparándole, sino dando licencia para que sus enemigos le ejercitasen, pero no mas de cuanto pudiese sin derribarle. Que es decir, que igualaba y compasaba la batalla con las fuerzas, y estas con la batalla; porque nunca consintió que le matasen donde tan cruel era el enojo contra él. Permitted que le echasen en la cisterna, no consintió que le matasen; y aunque pareció consejo de su hermano Júdas, pero no fué sino ordenacion y consejo de Dios. Lo mesmo fué en casa de su amo; si no, pregunto: ¿qué es la causa que aquel furioso de su amo, egipcio de nacion, lujurioso y iracundo, y por eso no bueno para juez, en creyendo, como creyó, que su siervo le había cometido traicion y fuerza á su propia mujer, no le mató luego ó le quemó? ¿Cómo se compadece que, siendo tan arrebatado juez, que sin oír el descargo procede á la sentencia, nó lo fué, antes se mostró manso y reportado en el ejecutar la sentencia; que viendo (que es mas de ponderar) la mujer rabiosa, furiosa y llorosa, con las vestiduras rasgadas y con otras muestras de justicia, no se movió luego á tratar la muerte del mancebo? Ciertamente es que aquel que puso freno y bozal á los leones en el lago de Daniel, y envió al horno de Babilonia una helada, él mesmo templó el furor

desatinado desta bestia, y la ira como un fuego de su corazon, para que la venganza se templase; lo cual tambien pareció haber hecho en la cárcel, donde le permitió encerrar, atar y aprisionar; pero libróle de la crueldad del carcelero, que todos sabemos cuánto es su poder; hizole Dios manso de tal arte, que, no solo no le injurió, antes le hizo sobrestante de todos los presos de su cárcel; y habiéndosele entregado por malhechor y adúltero, y adúltero no como quiera, sino de una casa noble y principal, ninguna cosa destas le turbó ni espantó ni puso en cuidado para tratarle con crueldad; solo se andaban enlazando las coronas destas pasiones y trabajos, ayudado con particular favor y gracia de Dios, el cual no queria que con la muerte se atajase. Hasta aquí son palabras del bienaventurado san Juan Crisóstomo.

De donde parece la gran virtud y excelente paciencia desde santo y casto mancebo, que, aunque (como san Ambrosio dice) por sí sola la castidad hace mártires, por los trabajos con que se guarda y defiende, aun domésticos y caseros; no solo padeció estos en tan violentas ocasiones este mancebo, pero tan encarecidas persecuciones de fuera no pudieron hacer que la perdiese, ni la paciencia con que los sufría, siendo tantos y tan extraordinarios, semejantes á los de san Pablo, destierros, cárceles, mazmorras, peligros de hermanos, no de religion sola, sino carnales. Tras esto, la servidumbre, los tribunales, perseguido de extraños, de infieles, de mujeres, de celosos, sin otro favor que el de Dios, en quien confiaba y á quien servía en lo mejor de sus dias y tan á largos años. Verdaderamente es un ejemplo tan raro, que él solo podía confortar y esforzar al hombre mas perseguido y afligido del mundo, si su historia es por menudo y con atencion considerada.

## DISCURSO V.

De la paciencia en los trabajos, á ejemplo de los apóstoles y mártires.

Uno de los mas principales y mas eficaces ejemplos y mas claros que el Señor dejó á los cristianos en su iglesia de paciencia, fueron los trabajos que los santos apóstoles y mártires por su nombre padecieron, siendo, como eran, hombres como nosotros y de naturaleza de carne flaca como nosotros. Y de aquí nació la razon por que la Iglesia, nuestra madre, celebra sus fiestas, que son sus memorias y martirios, porque la tengamos dellos y de su paciencia y procuremos imitarla, como dice san Agustín, que todas las veces que celebramos fiestas de los santos mártires, de tal arte esperemos de mano de Dios los beneficios temporales, que por la imitacion de los mismos mártires merezcamos con ellos recibir los eternos. Porque aquellos se pueden decir celebrar de veras las fiestas de los mártires, que siguen las pisadas de los mismos mártires cuyas son; porque las solemnidades de los mártires no son otra cosa que unas amonestaciones y sermones de martirios, para que no nos enfademos de imitar lo que gustamos de celebrar. Hasta aquí son palabras de san Agustín, semejantes á las que san Crisóstomo dice al mismo propósito en un sermón de los mártires: Ninguno hay que ignore que las glorias y triunfos de los mártires se ce-

lebran de los pueblos de Dios con la frecuencia que se celebran; lo uno para que se les ofrezca la honra que se les debe, lo otro para que con el favor de Jesucristo se nos muestren sus ejemplos de virtud y paciencia; porque, viendo con cuánta honra se celebran, entendamos cuánta gloria ganaron en los cielos los que con tanta honra son celebrados y honrados en la tierra; y que provocados con este ejemplo, con igual virtud y semejante fe y devocion podamos, con ayuda de Dios, vencer nuestros trabajos, y alcanzada la victoria, triunfar con los mismos santos en el reino de los cielos. El uno y el otro santo parece que tomaron esta consideracion, de quien la tuvo primero que ellos profundísima, que fué el apóstol san Pablo, que de sus trabajos, no solo daba gracias á Dios, por ser de su mano, y á él tan provechosos; pero dábales por el provecho que de su paciencia y de su consuelo, que venian del cielo, les cabia á los de Corinto, con quien á este propósito hablaba, diciéndoles: Bendito sea Dios, y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos envía el consuelo y paciencia en todas nuestras tribulaciones, sin dejar ninguna, para que podamos con ella consolar y esforzar á todos los que estuviere puestos en aprieto con la mesma tribulacion con que Dios nos avisa. Porque, así como crecen las pasiones en nosotros de Cristo, así crece por el mismo Cristo la consolacion. Porque, ora tengamos tribulacion, es por vuestra doctrina y salud; si tenemos paciencia y consuelo, es por vuestra doctrina y salud; si somos amonestados, es por vuestro aviso y salud; porque todas estas cosas obran en los fieles la tolerancia y sufrimiento en los mismos trabajos y pasiones que nosotros padecemos, para que la firmeza de nuestra esperanza se extienda á vosotros, sabiendo que, como sois compañeros nuestros en las pasiones, lo seréis en las consolaciones. Hasta aquí son palabras del Apóstol; de las cuales se colige bien cuán grande es el consuelo y el fruto de paciencia que causa el poner los ojos de la consideracion en los trabajos de los santos mártires, para padecer con ella los nuestros. Y á este propósito es aquello que se cuenta en figura en el libro de los *Macabeos*, que mostrando al elefante la sangre de las uvas y de las moras cobraba ánimo y esfuerzo. Así lo hace el cristiano mostrándole la de los mártires.

Y para decir sumariamente cuán graves fueron los trabajos que los apóstoles padecieron y los mártires, será bien saber lo que el bienaventurado san Juan Crisóstomo dice sobre aquellas palabras del Apóstol, que agora referimos, que decia á los corintos: Porque, como las pasiones de Cristo son abundantes en nosotros, así lo son por sus méritos las consolaciones. Sobre las cuales dice san Juan Crisóstomo unas razones, con recelo de que causen escándalo en los oyentes; y es su conclusion que de aquí se sigue que los apóstoles y mártires padecieron mas pasiones que el Redentor. Las palabras deste santo son estas á la letra: Porque no desmayasen los ánimos de los discípulos con la exageracion de los trabajos y calamidades, les pone por contrapeso delante de los ojos la abundancia tambien de la consolacion; y así los levanta el corazon, no solo haciendo memoria de las consolaciones, mas tambien con la que hace de la persona de Cristo, diciendo que sus aflicciones

son de Cristo. De manera que antes del mentar la consolacion, la tiene ya sacada y publicada de las mismas aflicciones. ¿Qué cosa hay mas noble (dice) que verme á la parte con Cristo en los trabajos y padecerlos con su gracia? Qué consuelo puede igualarse á este? Y no solo con esto les pone ánimo y esfuerzo, sino con aquella palabra, *abundan*. Porque no dijo: Así como acaece tener trabajos y aflicciones de Cristo, etc., sino así, como abundan. Dando á entender que no padecian ellos solo lo que Cristo padeció de tribulaciones, sino mucho mas. No solo sufrimos, dice, las cosas que él padeció, sino muchas mas. ¿Padeció vejaciones, persecuciones, azotes, muerte? Pero nosotros mas padecemos; que, aunque no hubiera mas, bastaba para consuelo. Y no hay para qué (dice este santo doctor) tenga nadie esta sentencia por atrevida ni temeraria; porque en otra parte dice el mismo: Agora me alegro en mis aflicciones, y suplo las cosas que faltan á las de Cristo, en mi carne. Y pues en esto no hay arrogancia ni atrevimiento, tampoco la hay aquí, como es cierto que ellos hicieron mas milagros que el mismo Cristo, como él lo dice por san Juan: El que en mí creyere hará mayores obras que estas. Verdad es que todo esto redundaba en gloria del que obra en ellos; así ellos sufrieron y padecieron mas que él, y asimesmo todo se le debe agradecer á él, que los consuela y apercibe para las calamidades que se les ofrecieren. Y de aquí es que el mismo Pablo, reparando en que habia dicho una cosa muy grande, moderó su palabra, diciendo: Así por Cristo abunda nuestra consolacion; dando al Señor las gracias, y refiriendo á él todo este negocio, y de ahí publicando la divina bondad y benignidad, porque no dijo que á la tasa y medida de la afliccion recibian la consolacion, sino, sobrepaja la consolacion, para que en el mismo tiempo de la pelea quepa la ocasion de otras coronas. Hasta aquí son las palabras del bienaventurado san Juan Crisóstomo. Y luego da las razones de donde sale esta grande abundancia de consolacion.

En las cuales palabras, guardando el rostro á las letras, doctrina, espíritu y santidad deste glorioso santo, me atrevo á decir que no le faltó razon de recelarse de alguna nota de atrevimiento; porque, aunque en lo que es el tiempo que duró la pasion del Señor no excedió al de muchos mártires; porque, dejadas las persecuciones, befas y calumnias de los fariseos, y contando desde el tiempo desde donde decimos que comenzó la pasion, que es desde la oracion del huerto, no duró veinte y cuatro horas cabales; como sea verdad que muchos mártires padeciesen muchos dias y meses en cárceles, mazmorras, azotes, idas y venidas á los tribunales, etc. Pero lo que el Señor padeció en estas pocas horas fué tan terrible cada cosa por sí, que ninguno, creo yo que después dél ni antes lo haya padecido, ni aun pudiese (durándole la vida) padecerlo. Tambien podrá, como da á entender san Juan Crisóstomo, entender de la variedad de martirios que ellos padecieron; pero poco adelante quedará claro cuando trataremos de la pasion y tormentos del Señor en su propio discurso, y volveremos á san Juan Crisóstomo. Agora solo sirva lo dicho, de que las penas y trabajos de los apóstoles y mártires fueron tantos y tan grandes, que vinieron á hacer que

san Juan Crisóstomo hablase dellos con este encarecimiento. San Pablo, para gloria de Dios, cuenta los suyos, sus cárceles, sus peregrinaciones, sus cadenas, sus peligros por mar y por tierra, peligros de ladrones, peligros de rios, peligros de falsos cristianos, etc.; sin los interiores, la congoja y cuidado de todas las iglesias, el cuidado de los flacos y enfermos, etc. De manera que dos géneros de trabajos cuenta de sí san Pablo, unos corporales, como hambre, sed, ayunos, cárceles, persecuciones; otros del alma, que son cuidados y congojas de su oficio en las mismas cadenas, y al fin la muerte, la cual dice en otra parte que cada dia padecia. ¿Qué diré de los demás apóstoles? San Bartolomé desollado vivo con tan terribles dolores, san Pedro perseguido, preso, encadenado, y al fin puesto en una cruz; Santiago con sus peregrinaciones, y santo Tomás con las suyas, san Andrés, etc. Que, como dice san Pablo de los santos del viejo Testamento: El tiempo me faltaria si pensase decir lo menos que sé y siento de lo que estos santos amigos y ministros de Dios padecieron per su nombre de mano de los tiranos.

Mucho menos me atreveria á decir los tormentos y martirios que los mártires padecieron, aun en genera hablando, porque aun todo lo que dellos está escrito en las historias es mucho menos que lo que fué; pero por cumplir con el intento deste discurso, diré algo; aunque, como Eusebio dice, ninguno puede creer cuán graves tormentos padecieron, sino los que los vieron padecer, porque mucho mas graves fueron y mas terribles que los que se cuentan: rabiaba el mundo de ira y enojo contra ellos, y todo su estudio era echar la gente cristiana de sí, y arrancarla del todo, como rebelde, supersticiosa, sacrilega encantadora, pestilencial y aborrecible á sus ídolos; y porque esto era el gusto y contento de aquellos falsos dioses y de los príncipes de la tierra, de ahí nacia que los gobernadores y magistrados y toda la demás gente del vulgo, eso pensaba, que era santo y bueno y honroso el inventar géneros de ludibrios, vejaciones y tormentos con que fatigarlos. Así se lo habia el Señor profetizado á los apóstoles: Tiempo ha de venir, cuando todo aquel que tratare vuestra muerte piense que con eso sirve á Dios y gana el cielo. Pues todo su cuidado (como el mismo Eusebio dice) era inventar nuevos géneros de castigos contra ellos, y ese era tenido por buen juez el que mas nuevos, exquisitos y crueles los inventaba. La crueldad se ejercitaba en ellos sin castigo, á solo albedrío del que queria martirios, afligirlos, afrentarlos, atormentarlos; todo le era lícito al que queria hacer en ellos suertes y ensayos, y á cualquier hora podia probar sus invenciones en ellos: este era el cuidado que tenian los jueces principalmente, y deste se encargaban con diligencia, ó darles la muerte ó compeleslos á sacrificar, y para esto se desnudaban de toda piedad y humano afecto que la naturaleza habia en ellos puesto; y vueltos mas crueles que fieras, les pesaba que la naturaleza del hombre fuese tan flaca, que no pudiese sufrir mas crueles y atroces tormentos sin morir; y por eso no trataban de sacarlos luego del mundo con espadas ó con fuegos, antes con una piedad infernal y diabólica sustentaban la dolorosa vida del mártir, para que con mas crueldad y